

ENTRE LA IRONÍA Y EL ROMANCE: PASADO, PRESENTE Y FUTURO DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA NARRATIVISTA

María Inés La Greca
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de Tres de Febrero

Resumen:

A mediados de los 70's irrumpe con Hayden White el *narrativismo* en la escena de la filosofía de la historia contemporánea. Hoy, cuarenta años después de la publicación de *Metahistoria*, se hace necesario reflexionar acerca de la continuidad de la influencia whiteana. Caracterizando el gesto filosófico fundacional del *narrativismo* como una *aceptación irónica del uso del lenguaje en la historiografía* y las últimas reflexiones de White y Frank Ankersmit como un aparente *rechazo romántico* de sus posiciones anteriores, el presente trabajo propone una *narración del narrativismo* para evaluar su actualidad para el futuro de la filosofía de la historia.

Palabras clave: Narrativismo, Hayden White, Metahistoria, filosofía de la historia, narrativa histórica

Abstract:

In the mid 70's, *narrativism* emerges with Hayden White in contemporary philosophy of history's scene. Today, forty years after *Metahistory* was published, it is necessary to think over the permanence of White's influence. By characterizing *narrativism's* foundational philosophical gesture as an *ironic acceptance of the use of language in historiography* and White's and Frank Ankersmit's last reflections as an apparent *romantic rejection* of their previous positions, this article offers a *narration of narrativism* to assess its current relevance for the future of philosophy of history.

Key Words: Narrativism, Hayden White, Metahistory, philosophy of history, historical narrative.

A mediados de los 70's el *narrativismo* irrumpe en la escena de la filosofía de la historia con su texto fundacional: *Metahistoria*, de Hayden White. Una década después, Frank Ankersmit aseguraba que la filosofía de la historia anglosajona debía optar entre volverse *narrativista* y seguir existiendo, o permanecer epistemológica y desaparecer (Ankersmit, 1986). Luego de otra década, Ankersmit junto con Hans Kellner bautizan al prometedor *narrativismo* como *Nueva Filosofía de la Historia* (Ankersmit y Kellner, 1995). Hoy, a cuarenta años de la aparición de

Metahistoria, una serie de publicaciones recientes marca la necesidad de reflexionar acerca de la actualidad de la influencia de White.¹ Por esta razón, propondré un *relato acerca del narrativismo* con el objetivo de ponderar la actualidad del pensamiento de White para el futuro de la filosofía de la historia narrativista.

***Metahistoria* y el pasado irónico del narrativismo**

Si este relato considera a *Metahistoria* como el acontecimiento fundador del narrativismo es porque se centrará claramente en la figura de Hayden White. Aunque recurriré a Frank Ankersmit como un continuador crítico destacado (en algunos momentos más *crítico* que *continuador*), sin embargo no profundizaré en su propia obra que sin lugar a dudas merece -junto con la de Paul Ricoeur- un estudio aparte. Pero tanto Ankersmit como Ricoeur reconocen que si bien la indagación de la relación entre narración y conocimiento histórico encuentra en filósofos de la historia anglosajona como Arthur Danto y Louis Mink antecedentes fundamentales a la constitución del narrativismo (Ankersmit, 1986; Ricoeur, 1995), es Hayden White quien efectúa un desplazamiento de la discusión cuando identifica el problema de la narración en la historia con el problema del uso del lenguaje figurativo y las estrategias literarias de entramado en la representación del pasado. White repara en la *escritura histórica* como un aspecto de la práctica historiográfica erróneamente desestimado y focaliza la nueva unidad de análisis recurriendo heterodoxamente a la teoría literaria.

Con el auxilio de Roman Jakobson, Émile Benveniste, Northrop Frye, Kenneth Burke y Roland Barthes, White ofrece una teoría formal de la obra histórica que retrotrae su pretensión de constituirse en un relato explicativo de acontecimientos pasados a sus condiciones de posibilidad lingüístico-figurativas. White capta cierta afinidad entre las teorizaciones de Danto y Mink acerca de la explicación o comprensión narrativa del pasado y los desarrollos críticos de la teoría literaria acerca del relato provenientes del formalismo ruso, el estructuralismo y postestructuralismo. Conjugando estos recursos, White ofrece en *Metahistoria* una teoría formalista de las obras históricas y propone abordarlas como estructuras verbales en forma de discurso de prosa narrativa que pretenden ser un modelo o imagen de procesos pasados.

¹ Cf. Ankersmit, Domanska y Kellner, 2009; Doran, 2010; Kansteiner, 2006 y 2009; Korhonen, 2006; Paul, 2011; Tozzi, 2009, 2010 y 2011.

Mediante el análisis formal de las obras de historiadores y filósofos de la historia del siglo XIX, White propone una estructura ideal-típica de la obra histórica en la cual discrimina, por una parte, una dimensión manifiesta constituida por tres tipos de estrategias explicativas (explicación por la trama, por argumentación formal y por implicación ideológica); y por otra, una dimensión profunda o infraestructura *metahistórica* de carácter poético-lingüístico identificable como modo de uso constante del lenguaje por medio del cual el objeto de estudio del historiador es *prefigurado*. White considera la prefiguración como un acto *poético y lingüístico: poético*, porque el dominio es constituido así como objeto de estudio en tanto *campo histórico*, y *lingüístico*, porque dicha constitución es indistinguible de la descripción del campo, lo que le permite postular las modalidades tropológicas del lenguaje, útiles para la caracterización de objetos y fenómenos en general, para dar cuenta de los modos de constitución del campo histórico. Así, White clasifica los modos de uso lingüístico a través de los tropos como metafórico, metonímico, sinecdóquico o irónico, afirmando que condicionan las estrategias explicativas manifiestas, configurando *estilos* historiográficos. Dado que el registro documental no produce una imagen sin ambigüedades de la estructura de procesos de que da fe y que las cuatro modalidades tropológicas son irreductibles entre sí, White concluye que no hay base teórica apodócticamente cierta para afirmar la autoridad de cualquiera de los modos sobre los demás como *más realista*. Más aun, al abordar el discurso histórico en tanto *discurso narrativo*, White muestra que las estrategias figurativas empleadas para imaginar el pasado son *las mismas* que se utilizan en la literatura y la ficción. De este modo, *Metahistoria* nos conduce a tres conclusiones fundamentales:

1. el reconocimiento de la función prefigurativa, constitutiva o *poética* del lenguaje en la historiografía;
2. la constatación de la utilidad y necesidad de los *recursos figurativo-literarios* para la composición de relatos históricos;
3. la determinación del *límite* de las pretensiones de representación realista de los procesos históricos;

que permiten concluir que el conflicto entre las diferentes representaciones históricas encuentra en el particular realismo de la representación un límite que el registro histórico no puede zanjar. Es en virtud de estas tesis que *Metahistoria* provoca a lo largo de los '80 y '90 un intenso debate. En boca de Ankersmit y otros, ser llamados *narrativistas* es celebratorio de la nueva vitalidad de una filosofía de la

historia que corría el riesgo de “convertirse en un extraño fósil positivista” (Ankersmit, 1986, p. 27). En cambio, para sus críticos este calificativo designa peyorativamente una perspectiva *determinista*, *relativista*, o incluso *nihilista* sobre la práctica histórica.² Celebrado o criticado, la polémica alrededor del narrativismo era un hecho.

Como señalé, una serie de publicaciones recientes se proponen reflexionar acerca de la actualidad de la influencia de White para sopesar tanto las ganancias teóricas del narrativismo como sus aspectos no dignos de perdurar. En este contexto, el presente artículo se propone contribuir a la reflexión ofreciendo un *relato acerca del narrativismo* a partir del cual sostendré dos tesis: 1) que el espíritu fundacional del giro lingüístico-narrativista de White puede entenderse como una *aceptación irónica del uso del lenguaje en la historiografía*;³ y 2) que en las últimas reflexiones de White -y Ankersmit también, aunque con cierta diferencia- se advierte un fuerte cambio de posición respecto de ese espíritu irónico que los constituyó en *narrativistas*. A la luz de este relato, compararé este cambio de actitud de los padres fundadores con algunos desarrollos actuales de teóricos que se profesan continuadores del narrativismo para concluir con un diagnóstico sobre la situación teórica presente y proponer una vía de continuación *refigurada* de la herencia narrativista.

En primer lugar, daré cuenta del espíritu fundacional del narrativismo whiteano como una *aceptación irónica del uso del lenguaje en la historiografía*, caracterización que explicitaré a continuación. Empleo el adjetivo *irónica* para esta actitud porque considero que tiene como condición de posibilidad un distanciamiento crítico -efecto propio de la enunciación irónica respecto de aquello a lo que se refiere- por el cual se focaliza al lenguaje como un *objeto* de estudio, no en el sentido de *cosa* ni *opacidad*, sino como una entidad teórica que demanda indagación.⁴ En esta línea, tomo de White la caracterización de la ironía como *metatropológica* en tanto “representa un estado de conciencia en que se

² Cf. Golob, 1980; Mandelbaum, 1980; Pomper, 1980; Marwick, 1995.

³ Para esta caracterización como para la siguiente de *rechazo romántico* empleo las categorías de “ironía” y “romance” tal como White las presenta en la introducción a *Metahistoria*.

⁴ De hecho, podríamos decir que la afirmación más polémica con la que se identifica al giro lingüístico, “El lenguaje es una *cosa* entre las cosas”, no es otra cosa que una catacreción, táctica figurativa básica de la ironía. ¿Y no es acaso el giro lingüístico la perspectiva sobre el lenguaje que se abre productivamente a partir de esta clase de metáfora “manifiestamente absurda destinada a inspirar segundos pensamientos irónicos acerca de la naturaleza de la cosa caracterizada”? (White, 1973, p. 45)

ha llegado a reconocer la naturaleza problemática del lenguaje mismo” (White, 1973, p. 46). Ahora bien, aquello de lo que predico la cualidad de *irónica* es de la clasificación de esta actitud como una *aceptación* porque considero que White propone reconocer este carácter problemático del lenguaje y sus posibilidades figurativas para *hacer uso cognitivamente responsable* de ellas en la representación de los acontecimientos históricos.⁵ White opone justamente la ironía a la ingenuidad de los demás tropos por ser esta un uso lingüístico *autoconsciente* y *autocrítico* “respecto de las posibilidades mismas del lenguaje de caracterizar exitosamente la realidad”. Entonces, interpreto en White una *aceptación irónica* en tanto *auto-crítica* porque simultáneamente *reafirma la utilidad* de la producción de relatos acerca de lo pasado y *señala los límites* del discurso narrativo como modo de dar cuenta de lo histórico. De este modo, como veremos, la postulación de un discurso histórico *no narrativizador* implica tanto el reconocimiento de los límites de las pretensiones representacionales de la narración como el reconocimiento de su utilidad y eficacia -que es exactamente aquello a lo que se refiere la exhortación que White dirige a los historiadores en el párrafo final de *Metahistoria* a *trascender irónicamente la ironía* en la que han caído, reconociendo que *ninguna perspectiva tropológica es necesaria* para dar cuenta de lo histórico, y a *empuñar entonces la libertad de construir relatos históricos* en la modalidad figurativa más consistente con sus aspiraciones morales y estéticas.

Quien mejor comprende este productivo impulso irónico en White es Frank Ankersmit, que interviene en la polémica narrativista para promocionar la perspectiva “revolucionaria” inaugurada por *Metahistoria* (Ankersmit, 1986). Específicamente, interpreta que con White, aunque bajo un ropaje narrativista, se produjo en la filosofía de la historia anglosajona un necesario giro lingüístico semejante al que con Kuhn, Quine, Goodman y Rorty había ocurrido en la filosofía de la ciencia y del lenguaje y nos exhorta a profundizar este cambio de paradigma. Posteriormente, desarrollará su propia teoría histórica sosteniendo la pertinencia de abandonar la teoría literaria introducida por White por los desarrollos del giro lingüístico propiamente dicho, proponiendo sustituir la noción literaria de *narración* en pos de la conceptualización de la historiografía como *representación* (Ankersmit, 2001). Si bien White reconoció el significativo aporte de Ankersmit e incluso admitió cierta

⁵ La interesante noción de *responsabilidad cognitiva* es utilizada por White en *Metahistoria*, a partir de su apropiación de la obra de Stephen Pepper (Cf. White, 1973).

cercanía entre su posición y el giro lingüístico anglosajón, su preferencia por la teoría literaria permaneció inalterable.⁶

Dado que en este relato del narrativismo pretendo destacar los puntos centrales de su constitución no abordaré la crítica de Ankersmit a White. En cambio, intentaré reconstruir en mis propios términos aquello que hace plausible considerar como un *giro lingüístico* aunque *sui generis* el gesto filosófico con el cual se inaugura el narrativismo, por el cual *con* White y *a través de* la indagación de la narración, la filosofía de la historia puede adoptar como su nuevo objeto de estudio *el carácter tropológico o figurativo del lenguaje histórico*. Para justificar mi caracterización del pasado del narrativismo como una *aceptación irónica del uso del lenguaje* relevaré los recursos teóricos que White conjuga de la propia tradición de la filosofía de la historia anglosajona y de la teoría literaria. Considero que tres son los fundamentales:

- 1) las consecuencias críticas de la distinción entre crónica y relato;
- 2) la tipología de tramas; y
- 3) la concepción tropológica del lenguaje.

Comencemos por la distinción entre crónica y relato. Si recordamos el argumento del Cronista Ideal de Danto o el análisis filosófico de la forma narrativa como instrumento cognitivo primario de Mink, el resultado crítico es el mismo: al producir relatos, los historiadores ofrecen un modo de interrelacionar los enunciados sobre acontecimientos que *excede la mera relación de contigüidad y sucesión temporal* que ofrece una simple crónica (Danto, 1985; Mink, 1987). Crónica y relato son formas *distintas* de representación discursiva de ocurrencias espacio-temporales: mientras la crónica constituye la totalidad de acontecimientos en una serie ordenada cronológicamente, el relato se caracteriza, en cambio, por efectuar una organización de los acontecimientos que, en virtud de la atribución de funciones, valores y jerarquía, los constituye en una totalidad con principio, medio y fin, representándolos como un proceso dotado de sentido, coherencia y completitud –aquello que en *The Content of the Form* White tematizará como *clausura narrativa*.⁷ Ahora bien, este plus del relato respecto del ordenamiento cronológico es fundamental, dado que simultáneamente implica: a) el aporte *cognitivo* de la forma narrativa: lo que permite hacer comprensibles las ocurrencias narradas; y

⁶ Cf. White, 1999, p.178 n.6 y 2003, p.148.

⁷ Cf. White, 1987, p. 21.

b) el aporte *imaginario*: lo que hace a la estructura total imposible de ser confirmada o refutada. Como Mink señala, el relato se presenta como un instrumento cognitivo a la vez que se revela como “un producto de la imaginación constructiva, que no puede defender su pretensión de representar por ningún procedimiento aceptado de argumentación o autenticación.” (Mink, 1987, p. 199). Esto representa un dilema para la historiografía, i.e., aquella narrativa que en tanto histórica pretende representar, a través de su forma, parte de la complejidad real del pasado. Siendo la narrativa una estructuración u ordenamiento complejo, no puede ser confirmada del modo que podría serlo la crónica que solo ubica en una correcta sucesión temporal los enunciados acerca de los acontecimientos. Siguiendo a Mink, si la crónica puede pensarse como una yuxtaposición de enunciados sobre acontecimientos, la verdad del todo sería la verdad de la puesta en conjunción lógica de tales enunciados. Si cada uno es verdadero, toda la crónica lo es. Pero la estructura narrativa excede la organización en términos cronológicos, por lo que la posible conjunción lógica de sus “enunciados componentes” (si fuera posible “des-componer” la narración en enunciados individuales) no sería suficiente para confirmar ni falsear el relato como un todo. Así, el problema que nos plantea el *discurso narrativo historiográfico* es su hibridez. Por una parte, no puede ser evaluado exclusivamente en términos lógicos porque no es un enunciado simple ni uno compuesto pero, siendo un conjunto de enunciados, tampoco puede ser reconstruido en términos de una inferencia lógica, ya que su estructura (y, por tanto, su posible pretensión de validez) no es identificable en términos de aquella que se da entre premisas y conclusión. Por otra parte, no es una pura ficción por lo que aún careciendo de validez de tipo lógico reclama para sí algún tipo de validez *fáctica* o *realista*.

En *Metahistoria*, y a lo largo de toda su obra posterior, White suscribe esta distinción entre crónica y relato. Más aún, esta distinción es solidaria con su importación de recursos de la teoría literaria, tanto en relación con su lectura del formalismo ruso y el estructuralismo lingüístico como con su apelación a la *Anatomía de la Crítica* de Northrop Frye. Cito un pasaje clave donde esta combinación de recursos se pone de manifiesto:

(...) la transformación de una crónica de acontecimientos en un relato (...) requiere una elección entre los distintos tipos de estructura de trama que facilita la tradición cultural del historiador. Y aunque la convención puede limitar esta elección a la cantidad de tipos de estructura de trama reputados como apropiados para la representación de los tipos de acontecimientos de los que se ocupa, esta elección es al menos relativamente libre. No hay necesidad, lógica o natural, que gobierne la decisión de tramar una secuencia

dada de acontecimientos como una tragedia más que como una comedia o un romance. ¿Hay acontecimientos intrínsecamente trágicos o eso depende de la perspectiva desde la que se contemplan? El tramar los acontecimientos reales como un relato de tipo específico (...) es tropologizar esos acontecimientos. Ello se debe a que los relatos no son vividos; no hay relatos reales. Los relatos son contados o escritos, pero no encontrados. Y la noción de un relato verdadero es prácticamente una contradicción en sus términos. (White, 2003, p.156)

Vemos aquí que la adopción de la teoría literaria por parte de White se manifiesta en la noción de *entramado* (término acuñado por él) que refiere a la operación por la que se efectúa una elección de estructura de trama que explica cómo una crónica es transformada en un relato. Aquí (1) da paso a (2): las formas de organizar una serie de acontecimientos en una totalidad con principio, medio y fin han sido estudiadas por la teoría literaria. Mediante la tipología ofrecida por Frye, White obtiene una *clasificación* para dar cuenta de los modos posibles de la *construcción imaginativa* en que consiste la forma narrativa y una *respuesta* al problema de la libertad o arbitrariedad de ese “aporte imaginativo”. La respuesta está dada por la postulación de que las estructuras de trama son facilitadas por “la tradición cultural del historiador”. La arbitrariedad como *creatio ex nihilo* de la forma del relato es desestimada en tanto se acepta la tesis whiteana de que la tradición cultural ofrece al historiador un conjunto de opciones relativas al modo de presentar un proceso histórico como una narración. White reconoce que, junto con estas opciones, la convención puede limitar esa elección y *Metahistoria* específicamente argumenta acerca del privilegio en la práctica historiográfica académica de cierto tipo de entramado frente a otros. Sin embargo, aunque la tradición ofrece un conjunto de tramas y la convención sanciona cuáles son preferibles, White enfatiza que esta elección es relativamente libre.

Así, la pura arbitrariedad de la imaginación histórica es delimitada por el reconocimiento de la inserción cultural de la práctica de narrar historiográfica en la práctica cultural general de narrar. Pero esta circunscripción de las opciones de entramado permanece relativamente libre al interior de esa delimitación. Y esta relativa libertad se explica en los mismos términos en que se explica la delimitación: por el origen cultural y, por tanto, histórico-contingente-convencional, de las opciones de entramado. White opone lo “cultural” a lo determinado “lógica” o “naturalmente”. Si los modos de entramado tradicionalmente disponibles responden a formas convencionales de dar sentido a procesos históricos,

es porque esos relatos heredados son “contados”, no “vividos”. De este modo, White sigue a Mink en su afirmación de que las cualidades narrativas son transferidas del arte a la vida, y no al revés, afirmación que no le impide reconocer el valor cognitivo-cultural de la narración.⁸ Más aun, White propone una distinción entre *narrar* y *narrativizar* posible en virtud del reconocimiento del carácter no natural de la estructura narrativa: sostiene que debemos distinguir

entre un discurso histórico que narra y un discurso que narrativiza, entre un discurso que adopta abiertamente una perspectiva que mira hacia el mundo y lo reporta y un discurso que finge hacer al mundo hablar por sí mismo y hablar por sí mismo como un relato.” (White, 1987, p. 2).

Afirmar la posibilidad de un discurso histórico *no narrativizador* implica reconocer explícitamente al menos dos consecuencias que se siguen de su análisis: (a) el límite de las consideraciones veritativas para la evaluación de los relatos históricos; y (b) el carácter imaginario-convencional de las representaciones narrativas de los procesos históricos. Ambas consecuencias le han merecido a White fuertes críticas, asociadas al uso peyorativo del calificativo *narrativista* o incluso *posmoderno*. Por tanto, estas consecuencias requieren ser brevemente comentadas.

Respecto de las consideraciones veritativas (a), es fundamental entender que nos referimos al reconocimiento de un *límite* ya que White no sostiene que *toda* consideración veritativa sea imposible o innecesaria, sino que la evaluación de las afirmaciones de hechos en términos veritativos *no alcanza para decidir acerca de la validez de la interpretación total dada por el entramado de los acontecimientos relatados*. Más aún, bajo la hipótesis de dos relatos cuya adecuación fáctica es equivalente, lo que los diferencia excede el marco del análisis en términos de verdad.⁹ Esto implica que la pretensión de validez de un relato *qua* relato es irreductible a la pretensión de verdad individual de las afirmaciones fácticas que contiene. Por otra parte, la identificación de los aspectos imaginarios y convencionales de toda representación narrativa (b) le valió a White la acusación de disolver la distinción entre historia y ficción o literatura. Postular que el historiador efectúa un

⁸ Por razones de espacio ha quedado fuera de mi reconstrucción la importante polémica alrededor de esta tesis entre White y las posiciones de corte fenomenológico-hermenéutico de David Carr y Paul Ricoeur. Debe decirse que White dedica varios ensayos a comentar y criticar a Ricoeur en particular. Cf. White, 1987 y 1999.

⁹ Esta consecuencia teórica de las tesis de White ha sido excelentemente reconstruida y profundizada en su propuesta de una apropiación pragmatista-heurística de la teoría whiteana por Verónica Tozzi en Tozzi, 2009.

entramado de los acontecimientos implicó un movimiento por el cual se remitió la construcción imaginativa de la narración histórica a la inserción cultural del historiador. Pero este movimiento fue posible porque White propuso, en primer término, una equivalencia metafórica entre discurso histórico y literatura o, en sus propias palabras, analizó el texto histórico *como un artefacto literario*. Este modo de caracterización del discurso histórico no implica necesariamente su identificación con la literatura, sino la propuesta de iluminar las implicancias epistémicas, éticas y estéticas de la escritura de la historia a través de una equivalencia metafórica (no identidad literal) con la literatura autorizada por su común empleo del modo de discurso narrativo. Ahora bien, la operación imaginario-convencional que permite componer relatos responde no solo al procedimiento de entramado, sino también a la *prefiguración* del campo histórico, que nos conduce al tercer y último recurso teórico, la concepción tropológica del lenguaje, donde la alianza *non sancta* entre filosofía de la historia y teoría literaria muestra su cara más polémica.

Dado que las estrategias de figuración de los relatos históricos son analizadas en términos de modos lingüísticos, White afirma que esta producción de significado es posible gracias a los *recursos tropológicos* del lenguaje ordinario - metafóricos, metonímicos, sinecdóquicos e irónicos- que posibilitan la caracterización de objetos, relaciones entre objetos y procesos. De este modo, si en un primer movimiento White remitía la construcción narrativa imaginaria a las opciones de entramado provistas por la tradición cultural-literaria del historiador, gracias a un segundo y último movimiento retrotrae esas opciones a *las posibilidades figurativas del lenguaje ordinario*. Es este ulterior giro -más que el debate en términos de los límites del criterio de verdad o de la distinción entre historia y ficción o literatura, que son consecuencias de él- lo que explica el punto de desacuerdo central entre White y sus críticos: el debate suscitado manifiesta la resistencia de sus detractores a la modificación de la perspectiva acerca del lenguaje que constituye el corazón del narrativismo: *el reconocimiento del carácter poético o figurativo del lenguaje histórico*. Para dar cuenta del carácter poético del lenguaje histórico, White adopta lo que denomina *concepción tropológica del lenguaje* fusionando teorizaciones de Roman Jakobson, Émile Benveniste, Kenneth Burke, entre otros (incluso Giambattista Vico) que le permiten clasificar las posibilidades figurativas en términos de los cuatro tropos maestros. No tenemos espacio aquí para reconstruir, y menos aun problematizar, las distintas influencias en la tropología de

White. En cambio, examinaré qué efecto teórico produce tal importación a la filosofía de la historia.

Si la concepción tropológica del lenguaje le permite a White dar cuenta del acto poético-lingüístico de prefiguración como una estrategia representacional fundamental de todo relato histórico es porque en virtud de esa adopción *la unidad de análisis se ha desplazado*: lo que se ha vuelto objeto de estudio de la filosofía de la historia a través de la problematización del carácter narrativo de la historiografía son *los modos de producción de significado del lenguaje histórico*. Entender cómo funciona teóricamente la adopción de la tropología en White es entender por qué Ankersmit acierta al caracterizar su impacto en la filosofía de la historia como un *tipo* de giro lingüístico. Ankersmit apela a la metáfora del belvedere para sostener que, gracias a White, en lugar de pensar el lenguaje como *un medio a través del cual vemos el pasado* lo pensamos como un “ver desde”, una posición ventajosa *desde* la cual dar cuenta del pasado. Más aún, Ankersmit afirma que la narrativa histórica junto con la metáfora “refieren a sí mismas en la medida en que la manera precisa en que son formuladas tiene que ser tenida en cuenta también si hemos de evaluar su verdad o plausibilidad” y así rechaza de plano la creencia en la transparencia del lenguaje (Ankersmit, 1986, p. 20). Considero que es aquí, donde Ankersmit cree encontrar el particular giro narrativista-lingüístico de White, donde más claramente comparte su aceptación irónica del lenguaje ya que también reconoce las consecuencias críticas relativas al límite de las consideraciones veritativas en la evaluación de narraciones históricas en competencia y a la irreductibilidad de los distintos realismos. Ankersmit también se distancia críticamente de la narración afirmando que no puede ser entendida como *espejo del pasado*. A su vez, destaca la capacidad del relato histórico *qua* estructura discursiva para funcionar como un instrumento *más o menos autónomo* para comprender el pasado: su distanciamiento irónico *es acompañado por una actitud de aceptación* del carácter figurativo del lenguaje: Ankersmit sostiene que la historiografía no obtiene mayor claridad sobre sus objetos de estudio al intentar reducir las interpretaciones históricas sino gracias a su *proliferación*, siendo las interpretaciones más poderosas no aquellas que clausuran el debate histórico sino las que estimulan más y mejor escritura (Ankersmit, 1986, p.25). Esta apuesta por la proliferación de narrativas históricas coincide con la exhortación final de *Metahistoria*. Más aún, esta aceptación irónica en tanto propuesta de *aceptar críticamente* las posibilidades figurativas del lenguaje *para promover* la producción de relatos históricos es un aspecto fundamental

sistemáticamente desconocido por los críticos que interpretan las posiciones de White y Ankersmit como conducentes a un debilitante determinismo lingüístico. Debe recordarse que White explícitamente niega que el reconocimiento de la figuración en la representación histórica conduzca a esta consecuencia teórica:

La tropología es una teoría del discurso, no de la mente o de la conciencia. Aunque supone que no se puede evitar la figuración en el discurso, la teoría, lejos de implicar un determinismo lingüístico, busca proporcionar el conocimiento necesario para una libre elección entre diferentes estrategias de figuración (White, 2003, p. 171).

He aquí el punto central que hace al distanciamiento irónico fundacional del narrativismo solidario (y no necesariamente contradictorio) con su espíritu productivo: si bien asumir una perspectiva tropológica implica reconocer que *no se puede evitar la figuración en el discurso*, rechazando el supuesto del lenguaje como medio transparente o espejo de lo real, al tratarse de una *aceptación irónica* del uso del lenguaje en la historiografía simultáneamente conduce al *reconocimiento productivo* de que *toda representación (histórica) es un modo de figuración*. White insistirá una y otra vez en que el *carácter limitado* de las modalidades de figuración tiene como contraparte posibilidades de combinación en un discurso *prácticamente ilimitadas*.¹⁰ Por lo tanto, podemos afirmar que el desafío que inaugura el narrativismo ha sido el de combinar el reconocimiento de que toda representación es un modo de figuración con la aceptación auto-crítica de sus consecuencias para *explorar y elegir* entre los modos de figuración disponibles, es decir: para narrar sin narrativizar.

Peripecias románticas: escritura modernista y experiencia histórica sublime

Si bien sostengo que la emergencia del narrativismo o *Nueva filosofía de la historia* es mejor comprendida como la *aceptación irónica del uso del lenguaje* en la representación histórica, a fines de los 90's la actitud de White y Ankersmit hacia la narración y el lenguaje parece ser otra, que caracterizaré como un aparente *rechazo romántico* de sus posiciones anteriores.

Recordemos que White entiende por *romance* “un drama de autoidentificación simbolizado por la trascendencia del héroe del mundo de la experiencia, su victoria sobre éste y su liberación final de ese

¹⁰ Cf. White, 2003, p. 49.

mundo” (White, 1973, p.19), i.e., un drama de *trascendencia* del hombre sobre el mundo. Justamente en sus últimas publicaciones White, y también Ankersmit, parecerían promover un cierto tipo de *trascendencia* o superación de sus propias teorizaciones sobre la narración y el lenguaje, i.e., su mundo narrativista. Podemos hablar de un *rechazo romántico* en el sentido de una voluntaria diferenciación respecto de sus teorizaciones originales que se pretende como una autosuperación, donde el aspecto *romántico* está dado por la búsqueda de superar obstáculos o límites que identifican en el modo de indagación que fueron responsables de consolidar. En White, esta pretensión de trascendencia es parcial y toma la forma de la necesidad de una *nueva escritura* demandada por el tipo de sucesos históricos característicos del siglo XX. En Ankersmit, el carácter de *rechazo* de su impulso romántico será inequívoco cuando en 2005 afirme que el giro lingüístico nos habría arrojado a una prisión del lenguaje y que es hora de “romantizar la teoría histórica” (Ankersmit, 2005, p. 191). Contra su diagnóstico de una caída en el *textualismo* o *lingualismo*, Ankersmit teoriza una *experiencia histórica sublime* para dar cuenta de la posibilidad misma de que una comunidad posea *conciencia histórica* y necesite representar su pasado. Ante la última etapa de la producción de White y Ankersmit -con sus importantes diferencias- nuestro objetivo de reflexionar acerca de la actualidad del narrativismo se enfrenta al desafío de que sus dos figuras centrales parecerían renegar del espíritu fundacional *irónico* y *productivo* que considero que debemos continuar. Estas peripecias románticas que el relato sobre el narrativismo parece encontrar deben ser tenidas en cuenta para pensar su actualidad.

Comencemos entonces por White. En su teorización del *acontecimiento modernista*, White argumenta a favor de un modo anti-narrativo de escribir la historia, refiriéndose incluso a la emergencia de un *nuevo tipo de escritura*.¹¹ No se trataría solamente de discutir el modo de escribir la historia, sino también de identificar cambios en la historia contemporánea que demandarían esa discusión. White propone pensar el tipo de ocurrencias históricas características del siglo XX bajo la categoría de *acontecimiento modernista*: las guerras mundiales, el crecimiento a niveles inimaginables de la población mundial, la pobreza y el hambre, la contaminación planetaria y los genocidios llevados adelante mediante tecnología científica y procedimientos de gobernabilidad y guerra serían *acontecimientos modernistas* -de los

¹¹ Cf. White, 2008, p.26.

cuales, White presenta el Holocausto judío como acontecimiento paradigmático.¹² White sostiene que estas ocurrencias son anómalas, traumáticas, porque muestran una naturaleza, alcance e implicaciones imposibles de imaginar para otra época. Su misma ocurrencia tiene un efecto disruptivo sobre nuestra capacidad de darles sentido, hace estallar nuestra clara distinción entre lo real y lo imaginario, frustra nuestro horizonte normal de expectativa. Para White, el acontecimiento modernista se resiste a ser captado en una única interpretación o procesado mediante las categorías y convenciones heredadas para asignar significado, resistencia que amenaza con disolver dos nociones fundamentales de nuestro modo de comprender la historicidad: la noción de *acontecimiento*, como unidad temporal básica, y la de *relato*, o más específicamente, *trama*, como modo de representación adecuado.

Analizada en profundidad, podemos notar que mediante la conceptualización del *acontecimiento modernista* White postula la imposibilidad de disociar la tematización de las características específicas de las ocurrencias más significativas del siglo XX de la reflexión acerca de los particulares modos de representación que esas ocurrencias demandan. Más aún, el adjetivo “modernista” parece condensar una doble significación, en tanto refiere a la vez a (1) la caracterización-contextualización de las ocurrencias que pretende identificar y (2) el estilo literario que, siguiendo a White, permite mejor representarlas. Respecto del primer sentido, la caracterización equivale a su contextualización histórica ya que estas ocurrencias serían “modernistas” por ser sucesos que solo fueron posibles en el siglo XX en tanto modernidad tardía. Así, una de las condiciones de especificidad de estas ocurrencias consistiría en *ser efecto del proceso de modernización y desarrollo tecnológico* que influiría tanto en los nuevos y devastadores medios de destrucción y muerte disponibles para las sociedades modernas, como en los nuevos y mejores medios de registro y representación de lo real dados por tecnologías como el cine, la televisión, el video, los archivos digitales, etc. En este sentido, los acontecimientos serían *modernistas* tanto por *ser producto de la modernización* en tanto proceso histórico, como por ser registrables y representables de *modos modernos* solo accesibles gracias a estas nuevas tecnologías. En el segundo sentido, “modernista” está relacionado con el modernismo literario como movimiento estético anti-narrativo. Justamente aquí aparece la exhortación a explorar una nueva clase de

¹² Cf. White, 1999, p. 69.

escritura histórica en la que podemos sostener con mayor plausibilidad la hipótesis de un rechazo romántico de la narración convencional por parte de White. Como veremos, no se trata de un rechazo total del interés por el lenguaje, la narración y la representación, sino de un rechazo a *cierto modo* de representación y escritura históricas *para* los acontecimientos modernistas.

Es importante mencionar que la teorización del acontecimiento modernista vincula a White con un debate más amplio acerca de los desafíos representacionales, éticos y estéticos que acontecimientos como el Holocausto suscitan, donde incluso encontramos posiciones que afirman su irrepresentabilidad.¹³ En 1992 se publica un importante texto que reúne intervenciones de historiadores, filósofos, estudiosos de arte y literatura en un congreso de 1990, en la Universidad de California, Los Ángeles, cuya temática da título al volumen: *Probing the Limits of Representation. Nazism and the "Final Solution"*, organizado por Saul Friedländer, reconocido historiador del nazismo y Holocausto y editor del texto (Friedländer, 1992). Friedländer rechaza la idea de que el exterminio de los judíos de Europa sea inaccesible a la representación y la interpretación como cualquier otro acontecimiento histórico, pero sostiene que estamos tratando con un *acontecimiento en los límites* que pone a prueba nuestras categorías conceptuales tradicionales, lo que conduce a cierta intranquilidad teórica y ética respecto de la posibilidad de representar en principio *de cualquier manera* el Holocausto. White participa del debate, pero no es un invitado más, dado que uno de los ejes de discusión es justamente su tesis acerca de la posibilidad de tramar de diversos modos la misma serie de acontecimientos históricos. Esta tesis es severamente criticada, aunque es inevitable pensar que es su aceptación lo que permite a los participantes discutir, es decir, *probar los límites* de la representación.

White explícitamente rechaza la consideración de los acontecimientos modernistas como irrepresentables y sostiene en cambio que existe un modo de representación apropiado para los acontecimientos modernistas: el tipo de escritura *anti-narrativa* explorado por el estilo literario de Woolf, Proust y Joyce. White propone la noción de *escritura modernista* a partir de las reflexiones sobre la escritura en voz media de Roland

¹³ White atribuye esta tesis a George Steiner y Alice y A. R. Eckhardt en White, 1999, p. 33.

Barthes¹⁴ y la caracterización de Erich Auerbach del modernismo literario. Contra la tesis de la irrepresentabilidad, el problema de la representación de los acontecimientos modernistas para White requiere *la explotación completa* de las técnicas artísticas modernistas para su resolución (White, 1999, p. 81). Aquí empieza a prefigurarse la tensión entre la permanencia del impulso productivo manifestado en la exhortación de trascendencia irónica de la ironía en *Metahistoria* y la aparición de un explícito rechazo de la narración. Este rechazo tiene en White al menos tres aristas íntimamente relacionadas: (1) la búsqueda deliberada del fracaso del efecto de clausura narrativa; (2) la disolución de los límites entre lo real y lo imaginario; y (3) la propuesta de una nueva idea de historicidad.

Empecemos por el final: White adjudica al modernismo literario una innovación estilística directamente vinculada a la expresión de un rechazo del realismo decimonónico de la novela histórica, i.e., el mismo realismo explorado en sus cuatro variantes tropológicas en *Metahistoria*. Si bien el modernismo literario fue interpretado como un *rechazo total a la historia*, White sostiene que en realidad rechaza *una idea de historicidad* para postular una nueva concepción de lo real y lo histórico (White, 1999, p. 26). Este estilo *anti-narrativo* sería una alternativa frente a las convenciones narrativas que, de acuerdo con White, no pueden dar cuenta *adecuadamente* de los sucesos más relevantes del siglo XX. En particular, el modernismo literario cuestiona la función estilística de la trama, razón por la cual proponerlo como estilo anti-narrativo puede ser interpretado como un rechazo romántico. En palabras de White:

Libera al evento histórico de las persuasiones domesticadoras de “la trama”, anulando a “la trama” misma. Además, lejos de abandonar la realidad en pos de la fantasía, el modernismo muestra cuánto de lo fantástico está contenido en “lo real” (White, 2008, 25).

Auerbach en *Mimesis* atribuye al estilo modernista las siguientes características: “representación pluripersonal de la conciencia, estratificación del tiempo, aflojamiento de la conexión entre los sucesos externos, cambios de punto de vista desde el que se verifica el relato” (Auerbach, 1950, p. 514) Auerbach explica que en este estilo no hay un “narrador de estados objetivos de hecho” y que “tan lejos se lleva este procedimiento, que no parece existir en absoluto un punto de vista exterior a la novela, desde el cual puedan ser observados sus hombres y

¹⁴ La tematización de la escritura en voz media de Barthes alude también al modernismo literario. Cf. Barthes, 1987, p. 32.

los acontecimientos, como tampoco parece existir una realidad objetiva, diferente de los contenidos de conciencia de los personajes.” (Auerbach, 1950, p. 503) No solo la enunciación dubitativa vuelve enigmático el supuesto referente sino que “se agrupan sin conexión alguna personajes y sucesos fragmentarios, con el efecto de que el lector no pueda tener en sus manos el hilo de los sucesos durante mucho tiempo.” Los escritores modernistas “temen imponer a la vida y a su tema una ordenación que no ofrecen ellos mismos.” En otras palabras, el modernismo literario pretendería frustrar el *deseo de interpretación sintética del lector*: al rechazar el entramado de los sucesos y presentar relatos fragmentarios, contradictorios, ambiguos, está rechazando el *efecto de clausura* que las modalidades de trama arquetípicas compartían: la novela o romance, la tragedia, la comedia y la sátira, según Frye, aunque ofrecen diferentes significados narrativos específicos, comparten la función de resignificación retrospectiva de lo relatado, i.e., todos apuntan a una clausura narrativa. Siguiendo la contribución de Eric Santner en *Probing the limits*, White señala un riesgo de *fetichismo narrativo* frente a la representación narrativa tradicional de los acontecimientos modernistas. En virtud de su efecto de clausura, la consecuencia indeseada sería situar los sucesos en cuestión en un universo de significado ya terminado y completo, dejándolos “intactos” y en algún “otro lugar”, proveyendo de este modo un control intelectual de la ansiedad que el recuerdo de su ocurrencia puede tener para un individuo o una comunidad, i.e., las características que hacían de ellos ocurrencias inimaginables que marcan nuestra era. A su vez, otros recursos estilísticos como la representación pluripersonal de la conciencia y el monólogo interior permitirían patentizar la sensación de irrealidad que los acontecimientos modernistas provocan. La dificultad de escindir claramente lo real y lo imaginario permite entender por qué White asocia la escritura modernista a la escritura en voz media de Roland Barthes. No se trata solamente de que Barthes también haya considerado que el estilo modernista era una *nueva escritura* sino que aquello que Barthes tematiza como escritura en voz media se sostiene en lo que denomina *una de las provisionales verdades de la antropología lingüística*: que el lenguaje no puede ser considerado un simple instrumento, utilitario o decorativo, del pensamiento, en la medida en que el hombre no preexiste al lenguaje. Así, la escritura modernista, según Barthes,

de manera opuesta a la ilusión común en las autobiografías y las novelas tradicionales”, emplea recursos estilísticos “como un arma contra la mala fe general de un discurso que no hace, o que no haría, de la forma literaria más

que la expresión de una interioridad constituida hacia atrás y desde fuera del lenguaje.” (Barthes, 1987, p. 29)

Aunque mi relato se centra en White, es aquí más útil aún comparar su evolución teórica con la de Ankersmit, en quien también encontramos un rechazo romántico pero en este caso no es la representación narrativa tradicional lo cuestionado, sino *el rol mismo* del lenguaje y las consecuencias del giro lingüístico que anteriormente celebró – refiriéndose ahora con *giro lingüístico* no solo a la tradición analítica anglosajona, sino también a la topología, el post-estructuralismo, la deconstrucción y la hermenéutica.

Ankersmit afirma la necesidad de superar el modo narrativista de pensar los problemas filosóficos relativos a la historia y su escritura que habría arribado a un punto de saturación arrojándonos a un negativo *lingualismo* por el cual hemos olvidado la dimensión de la *conciencia* y la *experiencia históricas*. En *Sublime Historical Experience*, Ankersmit nos dice que su interés se dirige a un problema impráctico, relativo a un aspecto de cómo nos relacionamos con el pasado que “escapa a la matriz intelectual de la verdad y la representación históricas”: la dimensión de la conciencia histórica, i.e., el modo en que somos conscientes de que hubo algún pasado que es parte de quiénes somos ahora (Ankersmit, 2005, p. xiv). No le interesa un abordaje de la conciencia histórica que pretenda extraer lecciones prácticas del pasado para el presente, sino que insiste en el carácter “especulativo” de su abordaje afirmando que la pregunta que desea responder es “¿Qué nos hace conscientes del pasado, qué debería suceder, o qué le debe haber sucedido a una nación o a una colectividad para fascinarse con el problema de su pasado?” (Ankersmit, 2005, p. xv). Esta cuestión, dice, es independiente de lo que de hecho hacen los historiadores o por qué lo hacen. Sin embargo, si toman en serio su tarea, afirma, no pueden evitar hacerse en algún momento esta pregunta. De este modo, Ankermist diagnostica un cierto giro que se estaría efectuando en la historia, la teoría histórica y la filosofía que se alejarían del lenguaje hacia la cuestión de la experiencia.¹⁵ Específicamente en la

¹⁵ Proyecto de giro experiencialista o postulación de la *presencia del pasado* que encuentra en Runia, 2006 su formulación más clara. Recientemente, Ankersmit se ha referido a dicho giro como un *giro existencialista* (tal como él mismo lo expresó en su participación como conferencista plenario en la Conferencia Inaugural de *The International Network for the Theory of History: “The Future of the Theory and Philosophy of History”*, llevada a cabo los días 10 a 13 de julio del 2013 en Gante, Bélgica).

teoría histórica el abandono del énfasis en el lenguaje significaría preguntarnos si podemos “rescatar al pasado mismo del modo en que hablamos de él”, si el historiador puede tener una relación con el pasado real, auténtica, *experiencial*. Este tipo de relación no estaría contaminada por la tradición historiográfica, los supuestos disciplinares, ni las estructuras lingüísticas que White identificó en *Metahistoria*. Por tanto, el objetivo de Ankersmit es pensar si existe una *experiencia histórica sublime* que nos permitiría “romper las paredes de la prisión del lenguaje” en las que el narrativismo (al que antes perteneció) nos ha dejado atrapados. Es llamativo lo explícitamente renegatorio de este último planteo ankersmitiano: nos dice que su actual indagación es sumamente impráctica, que no dirá nada acerca de la práctica histórica - más aún, que ni se desdice ni corrige su teoría histórica anterior basada en la investigación y la escritura históricas- sino que estos nuevos interrogantes la complementarían -aunque no nos explica cómo- y, simultáneamente, sanciona que ningún historiador puede evitar hacerse estas preguntas. Su nuevo objetivo es mostrar que el único escape a la caída en el lingualismo consiste en postular una noción de experiencia que nos habilite a afirmar que podemos tener un vínculo directo, auténtico, no lingüísticamente mediado con el pasado. Es más, postula que históricamente se han dado *experiencias históricas sublimes* cuando una experiencia traumática nos disocia de nuestra experiencia “normal”, como sucede en el caso de transformaciones profundas como la Revolución Francesa e industrial, donde el hombre occidental verdaderamente entra en un nuevo mundo, bajo la condición de olvidar el mundo previo, de “perderlo”, y de ser despojado de su identidad previa y sólo así adquirir una nueva identidad. Este tipo de olvido está asociado con un tipo de experiencia traumática que conlleva la pérdida de la identidad, dado que entre lo que éramos y lo que ahora somos hay un abismo, de modo tal que el pasado ya no puede ser objeto de nuestro *deseo de ser*, y sólo puede serlo de nuestro *deseo de conocer*. Y así, la historia se vuelve objeto de conocimiento por quedar separada, *disociada*, para siempre del mundo del sujeto-historiador. El deseo de conocer funcionaría entonces como un sustituto o sublimación del deseo de ser. Ankersmit vincula lo sublime histórico al trauma como modos de disociación, afirmando que

Tanto el trauma como lo sublime disrumpen el esquema normal dentro del cual damos sentido a los datos de la experiencia, y lo hacen mediante la disociación: El trauma disocia porque la experiencia traumática no es admitida en la “conciencia” normal y lo sublime disocia ya que nos ubica en

una posición donde se objetiviza toda la experiencia como tal. (Ankersmit, 2005, p. 337)

El movimiento de disociación, que resulta en la pérdida de una identidad y la transición hacia otra en la que “somos lo que ya no somos más” genera el deseo de conocer eso que ya no somos. Por tanto, la escritura histórica cargará con la frustración de que esa experiencia no es asible en el lenguaje y con la nostalgia de la identidad perdida e irrecuperable e intentará infructuosamente cruzar ese *gap* creado entre el pasado y el presente, donde el lenguaje del historiador es “la siempre deficiente profilaxis contra la discrepancia sublime entre el deseo de ser y el de nuestro conocimiento del pasado” (Ankersmit, 2005, p. 359). De este modo, Ankersmit parece ir en busca de un *afuera del lenguaje*, búsqueda justificada en el carácter *deficiente*, según sus propias palabras, del lenguaje que antes consideró *el* instrumento que posibilitaba la representación del pasado.

Entre la ironía y el romance: la persistencia de la narración y un futuro posible desde el presente del narrativismo

A la luz de lo expuesto, el presente del narrativismo parece atravesado por un problemático impulso romántico: Ankersmit esboza el rechazo más marcado a lo que antes aceptó irónicamente *como narrativista, i.e.*, el uso productivo del lenguaje en la representación histórica. White, en cambio, no reniega completamente de su posición original, pero revisa negativamente el valor de la narratividad para responder ahora a los desafíos representacionales de los acontecimientos más representativos del siglo XX y aunque su reflexión auto-crítica detrás de la propuesta del estilo de escritura modernista es invaluable, la viabilidad práctica de este modo de representación histórica está aún por verse.¹⁶ La búsqueda de autosuperación tiene diferencias: A Ankersmit lo mueve el interés por recuperar la tematización de la conciencia histórica, como conciencia de una comunidad de tener algún pasado que la define identitariamente; a White le interesa revisar la potencialidad de la narración para hacer comprensibles de un modo ética y estéticamente adecuados los acontecimientos que definieron al siglo XX.

¹⁶ En 2007 Friedländer publica un importante volumen sobre la solución final titulado *Los años del exterminio: la Alemania nazi y los judíos (1939-1945)* que fue celebrado por Wulf Kansteiner –historiador, discípulo de Friedländer y continuador de White– como el primer intento de producir un relato modernista *en el sentido whiteano* sobre el Holocausto. Cf. Kansteiner, 2009 y Friedländer, 2007.

Es aquí donde se detiene mi relato *sobre* el narrativismo, para ahora ser analizado *narrativistamente*. Es momento de explicar por qué he presentado *esta* narración para pensar la actualidad de White. Creo que el presente narrativista dilemático es el producto de una *tensión dialéctica*, en el sentido en que White usa esta expresión en *Metahistoria*. Como sabemos, White sostiene que las afinidades entre modos de tramar, de argumentación y de implicación ideológica que caracteriza idealmente mediante los modos tropológicos no implican combinaciones necesarias, ya que es posible reconocer historiadores más creativos (*poéticos*, específicamente) cuya obra produjo imágenes poderosas del pasado al poner en tensión dialéctica modos y estrategias no afines (White, 1973, p. 39) Si se acepta mi narración del narrativismo, podemos pensar que es justamente una tensión dialéctica entre la original *prefiguración irónica* de su campo problemático y el posterior *tramado romántico* que intentan imponerle sus propios protagonistas lo que encontramos en el despliegue de esta tradición filosófica. El intento de casar la actitud irónica sobre el lenguaje y la narración histórica con un impulso romántico de tramado genera una tensión tan problemática como iluminadora para quienes nos hemos formado al interior del narrativismo: la tensión entre la mirada crítica, desnaturalizante o problematizadora sobre la representación histórica y la pretensión romántica de superar los límites autopercebidos de la perspectiva original, ya sea respecto del modo discursivo antes aceptado (la narración tradicional-decimonónica, en White) o acerca del lenguaje mismo (la postulación de cambiar el foco de interés hacia experiencias sublimes, de Ankersmit).

Como sabemos, White postula que la ironía es formalmente afín en el nivel del tramado a la sátira, pero sátira y romance parecerían ser modos mutuamente excluyentes de tramar los procesos de la realidad:

el tema arquetípico de la sátira es precisamente lo opuesto a este drama romántico de la redención; es, en realidad, un drama de desgarramiento, un drama dominado por el temor de que finalmente el hombre sea el prisionero del mundo antes que su amo (White, 1973, p. 19)

La sátira “contempla esas esperanzas, posibilidades y verdades en forma irónica, en la atmósfera generada por la aprehensión de la inadecuación última de la conciencia para vivir feliz en el mundo o comprenderlo adecuadamente.” (White, 1973, p. 21) Prefiguración irónica y tramado romántico no pueden estar sino en tensión. Entonces: ¿qué hacer con esta tensión dialéctica que el narrativismo tramado, i.e., mirado *diacrónicamente*, nos presenta?

Sostengo que debemos conservar el espíritu productivo que hace al corazón filosófico del narrativismo *a pesar, y a partir, del distanciamiento irónico* respecto del lenguaje y la narración. Entonces la pregunta será: ¿de qué modo poner en uso esa ironía irrenunciable? Creo que en este línea se puede vislumbrar un posible futuro para la herencia más prometedora de la filosofía de la historia narrativista. Más aún, encuentro en los trabajos de algunos historiadores y filósofos de la historia que reivindican la tradición whiteano-narrativista una búsqueda similar: específicamente, les interesa renovar la apuesta por la indagación crítica de la representación del pasado mediante el arsenal teórico de White, pero subrayando la *potencialidad pragmática* de la narración (Kansteiner, 2006 y 2009; Partner, 2009; Tozzi, 2009). Para ejemplificar este estilo indagación, comentaré la posición de Nancy Partner expuesta en “Narrative Persistence: The Post-Postmodern Life of Narrative Theory” publicado en 2009 en el texto homenaje a los 80 años de White, *Re-figuring Hayden White* (Ankersmit, Domanska y Kellner, 2009).

Nancy Partner comparte el diagnóstico de un momento actual de balance de la filosofía de la historia narrativista y se pregunta qué ha quedado de su innegable giro lingüístico entendido como sinónimo de postmodernismo -de allí la pregunta por la vida *pos-posmoderna* de la *teoría narrativa*. Aunque menciona la aparición de perspectivas antilingualistas o antiposmodernas -citando *Sublime Historical Experience* como caso ejemplar- Partner sostiene contra ellas que el giro lingüístico produjo un impacto imposible de borrar y que es en la narración como unidad de análisis donde se encuentra la mayor ganancia a conservar.¹⁷ Más aún, Partner nos alerta acerca de usos tan ubicuos como ingenuos de esta noción que perviven dentro y fuera de la historiografía propiamente dicha. En otras palabras, confirma *la persistencia de la narrativa* luego de su crítica postmoderna y la explica en virtud de su eficacia, su poder persuasivo y su habilidad para mutar – i.e., sus potencialidades prácticas.

Permítaseme señalar que considero que aquí Partner encuentra *después de White* – ¿o deberíamos decir, *re-encuentra*?- aquello que White mismo consideró la cuestión fundamental de la teoría histórica:

El problema principal para cualquier teoría del escrito histórico no reside, por tanto, en la posibilidad o imposibilidad de una aproximación científica al estudio del pasado, sino, más bien, en explicar la persistencia de la narrativa en la historiografía. Una teoría del discurso histórico debe atender a la

¹⁷ Cf. Partner, 2009, p. 82.

cuestión de la *función de la narratividad* en la producción del texto histórico.¹⁸

Retomaré este redescubrimiento en breve, pero volviendo a Partner, vemos que su postulación de la persistencia de la narración es apoyada por las múltiples referencias a la narración que encuentra a niveles masivos por fuera del ámbito académico –en los discursos políticos, estéticos, incluso en la moda– pero particularmente en su tematización en dos áreas que intersectan a la historia: 1) la constitución de nuevos relatos nacionales que acompaña el resurgimiento de los nacionalismos post-Guerra Fría (Partner se refiere a *fisuras nacionales*); y 2) la constitución de la identidad personal, donde observa un valor creciente asignado a la “identidad narrativa” desde distintas disciplinas (particularmente, desde la psicología, el psicoanálisis y otras áreas de las humanidades). Partner concluye que la narrativa, como artefacto verbal privilegiadamente estudiado por el narrativismo, condensa la mayor herencia crítica de lo que su giro lingüístico significó, herencia que se revela altamente útil para dar cuenta de la persistencia de la narración y para reflexionar acerca del modo de promover relatos identitarios colectivos o personales autoconscientes de su narratividad (o, en las palabras de White, cognitivamente responsables).¹⁹ De este modo, Partner afirma:

áreas cruciales y en expansión del mundo post-postmoderno han retornado a donde Hayden White llamó nuestra atención primero: a los procedimientos enterrados (*buried*) que revelan *cómo* las narrativas son construidas, no meramente al reconocimiento *de que* lo son. La pregunta que reconoció implícita en toda narrativa es todavía *la* pregunta: “¿Qué anhelo es realizado, qué deseo es satisfecho, por la fantasía de que los acontecimientos reales son representados apropiadamente cuando puede mostrarse que exhiben la coherencia formal de un relato? En el enigma de este anhelo, este deseo, vislumbramos la función cultural del discurso narrativizador en general. (Partner, 2009, p. 101)

Partner es un claro ejemplo de quienes consideran que el potencial irónico del narrativismo no se ha agotado. Si estamos en lo cierto, entonces estamos también demandados a reflexionar sobre la persistencia de la narración. Como señalé, nos re-encontramos con el problema principal de White, la *función de la narratividad* en la producción del

¹⁸ White, 2003, p. 145. Las cursivas son mías.

¹⁹ La interesante noción de *responsabilidad cognitiva* es utilizada por White en *Metahistoria*, a partir de su apropiación de la obra de Stephen Pepper (Cf. White, 1973).

texto histórico, pero con una diferencia. Acuerdo con Partner en que ya no se trata de reconocer el carácter construido de los relatos históricos – esto es para nosotros un punto de partida, la ganancia irónica irrenunciable. Ahora se trata de pensar *cómo* son construidas las narrativas, *con qué* finalidad y *qué* consecuencias en determinados contextos. Y estos contextos pueden exceder a la historiografía o incluso, “intersectarla” con aquellas “áreas cruciales y en expansión del mundo post-postmoderno”.

Y es el mismo White, el que señala por adelantado la promesa de este rumbo: se trata de pensar la función *cultural* de la narratividad. Pero debe destacarse que si encontramos un potencial de la ironía narrativista para la reflexión actual sobre la narración es porque hemos ampliado el original marco epistemológico, restringido al ámbito de la historiografía académica, por un marco cultural más amplio (incluso, interdisciplinario) que demanda una perspectiva pragmática. Y esta ampliación es también la oportunidad de nuevos interrogantes: si hemos de sostener que la potencialidad irónica debe aplicarse a la persistencia pragmática historiográfica y *cultural en general* de la narrativa, debemos preguntarnos cómo podemos conjugar dos cuestiones que a primer vista no parecen fáciles de combinar: por una parte, la reflexión sobre la narración de identidades colectivas y/o personales que vehiculizan la agencia, i.e., cómo podemos pensar críticamente los relatos identitarios, sean historiográficos o no; por otra parte, la conciencia crítica ganada de que el lenguaje, y por tanto, la narración, no es un “mero instrumento”, como reza la verdad provisional de la antropología lingüística. Son estas nuevas preguntas las que deberíamos poder responder con las herramientas teóricas afiladas en cuarenta años de debate narrativista.

Y quizás esto sea posible y haya aquí un futuro para nuestras reflexiones ya que con un marco narrativista pragmáticamente orientado las inquietudes últimas de los padres fundadores pueden ser canalizadas. En primer lugar, el fantasma del determinismo lingüístico que acosa a Ankersmit ya no parece un problema si una consideración pragmática nos muestra que la persistencia de la narración puede explicarse por la vehiculización de deseos, motivaciones y agencia en la autoconstitución identitaria. Más aun, podemos satisfacer el interés de Ankersmit por tematizar cómo una comunidad tiene conciencia de algún pasado que la define identitariamente –el campo de las narraciones para las fisuras nacionales, por ejemplo- mientras revisamos, como le interesa a White, la potencialidad de la narración para hacer comprensibles de un modo ética y estéticamente adecuados la historia del siglo XX. Pero contra ellos, lo

haremos desde el reconocimiento de la persistencia de la narración *irónicamente refigurada*: porque si nos corresponde indagar la inevitabilidad de la figuración narrativa ahora en un sentido pragmático es porque permanece *vigente a la vez que refigurada*, una tesis fundamental de White: la delimitación de la pura arbitrariedad de la imaginación histórica por el reconocimiento de la inserción cultural de la práctica de narrar historiográfica en la práctica cultural general de narrar. Así, la *figuración inevitable* nos presenta la doble naturaleza irónico-romántica de la también *inevitable subjetivación histórica* para la cual la narrativa sigue siendo la más efectiva (aunque problemática) herramienta de que disponemos.

Bibliografía

- Ankersmit, F., [1986], "The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History" en *History and Theory*, Vol. 25, N° 4
 ----- [2001], *Historical Representation*, Stanford, Stanford University Press, 2001
 ----- [2005], *Sublime Historical Experience*, Stanford, Stanford University Press, 2005
 ----- [2011], *Giro lingüístico, teoría literaria y teoría histórica*, Selección, edición e Introducción de Verónica Tozzi, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2011
 Ankersmit, F. y Kellner, H.(eds.) [1995], *A New Philosophy of History*, Chicago, Chicago University Press, 1995
 Ankersmit, F., Domanska, E. y Kellner, H., [2009], *Re-figuring Hayden White*, Stanford, Stanford University Press, 2009
 Auerbach, E., [1950], *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, FCE, 1950.
 Barthes, R., [1987], *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1987
 Danto, A., [1985], *Narration and Knowledge*, Nueva York, Columbia University Press, 1985
 Doran, R., [2010], "Editor's Introduction: Humanism, Formalism and the Discourse of History", en White, H., 2010b
 Friedländer, S.(ed.), [1992], *Probing the Limits of Representation. Nazism and the "Final Solution"*, Cambridge, Harvard University Press, 1992
 ----- [2007] *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews, 1939–1945*, New York, HarperCollins, 2007
 Frye, N., [1957], *The Anatomy of Criticism: Four essays*, Princeton, Princeton University Press, 1957

- Golob, E.O., [1980], “The Irony of Nihilism” en *History and Theory*, Vol. 19, N° 4.
- Korhonen K. (ed.), [2006], *Tropes of the past. Hayden White and the History/Literature Debate*, Amsterdam – New York, Rodopi, 2006.
- Kansteiner, W., [2006], *In Pursuit of German Memory. History, Television and Politics after Auschwitz*, Athens, Ohio University Press, 2006.
- [2009], “Success, Truth and Modernism in Holocaust Historiography: Reading Saul Friedländer Thirty Five Years After the Publication of *Metahistory*”, en *History and Theory, Theme Issue 47*, (May 2009)
- Mandelbaum, M., [1980], “The Presuppositions of Metahistory” en *History and Theory*, Vol. 19, No. 4
- Marwick, A., [1995], “Two Approaches to Historical Study: The Metaphysical (Including “Postmodernism”) and the historical”, en *Journal of Contemporary History*, Vol. 30, N° 1
- Mink, L., [1987], *Historical Understanding*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1987
- Partner, N., [2009], “Narrative Persistence: The Post-Postmodern Life of Narrative Theory” en Ankersmit, Domanska y Kellner, 2009, *op. cit.*
- Paul, H., *Hayden White*, Cambridge, Polity Press, 2011.
- Pomper, P., [1980], “Typologies and Cycles in Intellectual History”, en *History and Theory*, Vol. 19, No. 4
- Ricoeur, P., [1995], *Tiempo y Narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI, 1995
- Runia, E., [2006], “Presence”, en *History and Theory*, Vol. 45, N° 3
- Tozzi, M. V., [2003], “Introducción” en White, 2003, *op. cit.*
- [2009], *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009.
- [2010], “Introducción”, en White, 2010a, *op. cit.*
- [2011], “Introducción”, en Ankersmit, 2011, *op. cit.*
- White, H., [1973] *Metahistoria, La imaginación histórica en la Europa del Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992
- [1987], *The Content of the Form. Narrative discourse and historical representation*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1987.
- [1999], *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1999

- [2003], *El texto histórico como artefacto literario*, (Introducción de Verónica Tozzi, traducción Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino) Barcelona, Paidós, 2003
- [2008], “The Historical Event” en *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, Vol. 19, N° 2.
- [2010a], *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, Verónica Tozzi comp., Trad. por María Inés La Greca y otros, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2010
- [2010b], *The Fiction of Narrative*, John Hopkins University Press, Baltimore, 2010,

Recibido el 04 de abril de 2013; aceptado el 30 de septiembre de 2013.